

nimiento. Unas medallas celebran su llegada á la Mesia; otras lo representan arengando á las tropas de esta provincia, y los habitantes de *Tomo* hacen grabar en su honor una inscripción, la más antigua en lengua latina que se haya encontrado en las ruinas de esta ciudad. En fin, un rescripto de Septimio Severo, dirigido á los habitantes de Tiras, recuerda y confirma privilegios que un legado de Adriano les había reconocido.

¿Fué él quien estableció á lo largo del Danubio inferior y en la rama meridional de su delta tantos puestos que fueron durante mucho tiempo el baluarte del imperio turco después de haber sido el del imperio romano?

No se podría decir. Pero cuando ahora se vea lo que hizo en el Danubio medio y en Bretaña, habrá razón para creer que no descuidó nada para establecer la seguridad de una de sus más vulnerables fronteras.

Estos pormenores extraños en apariencia á la historia general hacen comprender por qué hábiles precauciones se puso el imperio en estado de resistir á la presión del mundo bárbaro durante dos siglos, es decir tanto tiempo como tuvo por jefes, aparte de los dos locos Calígula y Nerón, príncipes á menudo crueles para Roma, pero siempre prudentes y previsores en las fronteras. Muestran también qué importancia puede darse á la tradición que atribuye á Adriano la destrucción del puente de Trajano, «por celos de la gloria de su predecesor,» y hasta la intención de abandonar la Dacia, proyecto de que sus amigos lograron, según se dice, disuadirlo. No había conservado las conquistas más allá del Eufrates y del Tigris, porque en aquellos países no se había establecido ningún ciudadano romano; pero favoreció la emigración de colonos latinos en la Dacia, y la mejor prueba de ello es que todavía están allí. Los que Trajano había podido hacer pasar en algunos años no eran ciertamente en número bastante para asegurar á sus descendientes la posesión de tan vastos países. Como las medidas tomadas para la protección militar del valle del Danubio daban toda seguridad á esta región, la corriente de colonización continuó en esta dirección.

Por eso se encuentran inscripciones en honor de Adriano, trabajos ejecutados en su nombre y medallas en que la nueva provincia, hecha uno de los baluartes del imperio, está representada por el bélico símbolo de una mujer sentada en una roca, que en una mano tiene la corva espada de los dacios y en la otra un estandarte.

En cuanto al puente de Trajano, estaba entonces tan lejos de los bárbaros y era de tan fácil defensa, que no debió quedar fuera de servicio hasta la época en que las tropas romanas no podían sostenerse en la Dacia, y esta necesidad llegó siglo y medio después de Adriano, cuando Aureliano entre 270 y 275 retiró á la orilla derecha del Danubio el resto de las tropas romanas y los colonos que quisieron seguirlos (1). Veinte años antes, Decio había merecido aún el sobrenombre de *Daciarum restitutor*.

(1) Esta opinión proviene, entre los modernos, de un pasaje del libro LXVIII, capítulo 13, de Dion, donde se dice que Adriano hizo quitar la parte superior del puente. Pero este libro no es el texto mismo del historiador, y Jifilino, después de haber citado la exactísima descripción hecha por su autor, añadió muy naturalmente que hacía mucho tiempo que no servía el puente. Dice, es verdad, que Adriano hizo quitar la tabla: si estuviera probado que estas pa-

La frontera más expuesta y al mismo tiempo la más próxima á Italia era la del Danubio medio, á lo largo de la Panonia, que el río envuelve por el Norte y el Este, desde su confluencia con el Gran hasta la del Save. Más allá de esta línea se apiñaba y rebullía una masa de pueblos germanos y eslavos, con frecuencia vencidos, jamás domados, que de un salto podían llegar á los Alpes y forzar las puertas de Italia. En otro tiempo, desde las orillas del mar Negro, habían combinado los roxolanos su ataque con una de estas tribus establecidas entre el Teis y el Danubio, los sármatas yaciges, que hubieron de quedar en armas, á pesar del abandono de sus aliados; y dentro de algunos años, bajo el reinado de Marco Aurelio, todos los pueblos de esta frontera pondrán al imperio en gran peligro.

Adriano vió este riesgo, que Roma por otra parte conocía muy bien desde la ruda campaña de Tiberio en esta región; él mismo había mandado allí después de su pretura y desde aquella época había tenido que ver con los sármatas. Al principio pensó en tomar parte de estos bárbaros, como en un tornillo, entre las dos provincias de Panonia y Dacia, reunidas en un gran mando militar, dando este gobierno con plenos poderes al más hábil de sus generales, Marcio Turbo, que había sofocado últimamente en Egipto una insurrección judía, y calmado luego en Mauritania las turbaciones excitadas por Quieto. Más tarde, al contrario, pensó en asegurar mejor la defensa con la división de estos mandos demasiado extensos, é hizo dos Dacias, como había hecho dos Mesias, y estableció en la frontera dos fuertes guarniciones.

Cuando Trajano formó la provincia de Panonia inferior, le dió una legión, que estableció sus principales cuarteles enfrente y á proximidad del enemigo, en Aquincum, en la montaña de Buda, y en Mursa á orillas del Drave, no lejos de su embocadura en el Danubio. Allí, como en Troesmis, como donde quiera que se detenía una tropa romana, los traficantes habían seguido á los soldados, y fijado su residencia los veteranos cerca de sus antiguos camaradas, dando origen con sus cabañas á dos ciudades, de que hizo Adriano dos plazas importantes: Mursa lo reconoció por su fundador y tomó su nombre; Aquincum le debió sin duda la categoría de colonia. Fueron tan bien escogidos los sitios, que la una es hoy la capital de la Esclavonia (Eszeg), y la otra la de Hungría (Ofen ó Buda).

La línea del Danubio medio iba pues á quedar muy bien guardada. Más arriba, se habían escalonado tres legiones á lo largo del río, en *Brigetio* (O-Szony cerca de Komorn) (2), en *Carnuntum* (Petronell) que tomó el nombre de municipio Elio (3), y en *Vindobona* (Viena) donde se estacionaba la flotilla del Danubio.

Cubiertos á derecha é izquierda por los grandes ejércitos de la Panonia y de la Germania Superior, apoyados en los

labras eran de Dion, no habría qué contestar, porque Dion era casi un contemporáneo; pero teniendo contra sí la aserción todas las verosimilitudes históricas, hay que atribuir las al compilador, escritor del siglo XI, que habría recogido una de esas calumnias retrospectivas de que ha sido víctima Adriano por razones que se explicarán más adelante, y que no se le habían escaseado en vida á propósito del abandono de las conquistas de Trajano. Ahora bien, ya hemos visto las causas por demás legítimas de esta última resolución.

(2) La inscripción más antigua, encontrada en *Brigetio* (C. I. L. t. III, núm. 4356), lleva el nombre de un legado que fué cónsul en tiempo de Adriano (134). La ciudad sólo había sido un villajo de vianderos y veteranos. Así la inscripción está consagrada por un veterano de la 1.<sup>a</sup> *Adjutrix*, que fué decurión de *Brigetio*.

(3) *Municipium Elium*. Mommsen cree, sin pruebas, que debe este nombre más bien á Antonino. Trajano parece haberse preocupado, sobre todo, de su gran colonia de *Patovio* donde quedó la administración superior de la provincia.

Alpes y naturalmente defendidos por sus montañas, el Nórico y la Retia parecían no exigir muchas precauciones militares. Para su administración, no se encuentran hasta Marco Aurelio más que procuradores, ni para su defensa, más que destacamentos aislados, cohortes ó escuadrones. Sin embargo, los visitó Adriano: los historiadores no hablan de sus viajes á esta región, pero las monedas han conservado su recuerdo y durante mucho tiempo se le ha atribuido la fundación de *Juvavum* (Salzburgo) en medio de un país magnífico y en un punto en que la nueva ciudad cortaba el camino de Italia á toda incursión proviniente de Bohemia por el valle del Inn.

Ya vimos, á propósito de las tierras decumatas, cuál era el sistema de defensa de los romanos para atajar por esta parte las incursiones de los bárbaros. Adriano lo continuó mejorándolo. Cuando Eparciano habla del viaje de este príncipe á las provincias germánicas, se limita á escribir: «En muchos lugares donde no se encontraba un río que sirviera de barrera contra los bárbaros, formaba una especie de muralla, con grandes estacas clavadas en tierra y fuertemente ligadas entre sí.» Estas palabras dicen mucho sobre la voluntad del emperador de fortificar su imperio; pero muy poco sobre los medios que empleaba para ello. Podemos, sin embargo, precisarlos, por el estudio de una línea de fortificaciones muy ostensibles aún por los restos de terraplenes y de murallas que subsisten ó por las excavaciones que muestran el asiento de construcciones que han desaparecido. El muro de los *Pictos* en Bretaña, nos enseña lo que era el muro del *Diablo* en Germania (1); y viendo el supuesto foso de Trajano en la Dobrutcha, obra bárbara del siglo IV, reproducir con su triple *agger* á través de una llanura inmensa, el sistema aplicado por Adriano en la isla de los bretones, tendremos el derecho de decir que todas las fronteras vulnerables estaban cubiertas de análogas defensas, porque era una tradición de la política romana.

A vista del mismo príncipe se comenzaron los trabajos del *Vallum Hadriani*. Había elegido para su emplazamiento el istmo de cien kilómetros de ancho, que el Tine y el Irthing provinientes de una cadena de alturas de pendiente

(1) El *Taufelmauer*, que tenía una extensión de 200 millas, reproduce las principales disposiciones del *Vallum Hadriani*: era una muralla de tierra, sin duda empalizada y precedida de un amplio foso, muro de piedras con torres de observación, y por detrás una vía militar á cuya orilla estaban los campamentos atrincherados. La obra, impropriadamente llamada *foso de Trajano*, en la Dobrutcha, está formada por tres fosos á raíz de una trinchera ó lomo de tierra: el *vallum* más meridional, ó el foso pequeño, tiene su parapeto al Norte y su foso al Sur para detener un ataque por este lado; el *vallum* setentrional, ó foso de piedras, cuyas defensas miran al Norte; en fin, el foso grande ó mayor que acompaña en parte al segundo para doblar su fuerza y lo corta en muchos puntos. Este último *vallum* está formado de un lomo de tierra entre dos anchos y profundos, pero desiguales fosos, siendo mayor el del Norte, y dominando su fondo la cresta del parapeto de nueve metros de alta. El foso de piedras estaba defendido por una muralla que probablemente no se terminó y cuyos restos han dado su nombre á este *vallum*: algunos sillares visibles cerca de Kustendje tienen dos metros de latitud. El ingeniero Michel, de quien tomo estos datos, añade: «Nos inclinamos á creer que los tres fosos llamados de Trajano estaban destinados á formar un sistema completo y único de defensa; que se proyectaron todos juntos... y que el espacio comprendido entre el foso pequeño y los otros dos habría formado como un vasto campamento atrincherado, donde era fácil defenderse contra las incursiones del Norte y también contra una sorpresa á espaldas de las líneas.» El foso mayor estaba bordeado de campamentos atrincherados, cuyos recintos se ven todavía; en las alturas y en las faldas había campamentos circulares provistos de parapetos de piedras.» Véanse los *Travaux de défense des Romains dans la Dobrutcha*, por Michel, *Soc. des Ant. de France*, III.<sup>a</sup> serie, tom. V, p. 215. Se atribuyen estos trabajos al conde Trajano, en 376, según Am. Marcel. XXXI, VIII,

abrupta hacia el Norte, atraviesan en sentido contrario para ir á perderse en dos golfos, donde las mareas del Océano rechazan bastante lejos sus aguas. Este istmo le pareció una excelente posición defensiva, y los trabajos que hizo ejecutar allí de uno á otro mar fueron de tres clases.

Desde luego, como primer obstáculo opuesto al asaltante, un foso de 36 pies de ancho por término medio, y 15 de profundo, y abierto en ciertos puntos en piedra viva, que no evitaba nunca, á fin de seguir siempre la segunda línea de defensa cuyos aproches cubre. A veces, sin embargo, desaparece en la pendiente de las colinas abruptas, donde no era necesario. En la llanura, al contrario, y en las posiciones amenazadas estaba protegido por un glacis ó parapeto formado de materiales que la misma excavación había suministrado, y cuya cresta en ciertos puntos domina el foso á una altura de veinte pies. Las tierras de este parapeto de 6 á 7 pies de alto, estaban consolidadas á trechos por trabazones de piedras.

Por detrás de este primer obstáculo, se alzaba un muro de fábrica, cuyos restos y cimientos se ven por donde quiera, de 6, 8 y aun de 10 pies de latitud y de 12 á 15 de altura, y dominado por torres de observación, en número de cuatro por milla, lo que da unas trescientas en toda la construcción, teniendo los muros de estas torres tres pies de espesor.

En la faz meridional de la muralla de piedra, se habían construido, á una milla de distancia unos de otros, ochenta reductos ó puestos de guardia de 60 pies de amplitud, con sendas puertas que se abrían al Sur para el servicio ordinario de la guarnición, y á veces otra al Norte, en el mismo muro, para las salidas y defensa del foso. Tal era la excelencia de la argamasa empleada que el tiempo no hubiera podido nada contra aquellas obras y estarían aún todas en pie, si la mano del hombre no las hubiera destruido.

Por colmo de precaución, y á fin de detener á enemigos que vinieran del interior, ó á turbas que hubieran salvado las primeras defensas, después de un golpe de mano afortunado, otro foso entre dos lomos de tierra de altura desigual, protegía por el Sur el conjunto de la fortificación; de modo que las guarniciones de las torres y de los reductos atacados por delante y por la espalda podían hacer frente á una y otra parte.

Entre el muro del Norte y el espaldón del Sur corría un camino militar, á cuya orilla estaban establecidos en las posiciones más favorables, y siempre á proximidad del agua, diez y siete campamentos atrincherados, *castra stativa*, que podían sostenerse mutuamente, pues por término medio no distaban entre sí más de seis kilómetros. Estaban rodeados de un muro de piedra de cinco pies de espesor y se apoyaban en la gran muralla; algunos hacían saliente más allá hacia el Norte. La muralla meridional estaba precedida de un camino de ronda, de modo que todos los movimientos de tropa se hacían á cubierto. Finalmente, Adriano hubo de construir ó reparar una vía militar procedente del Sur, es decir del punto en que las legiones desembarcaban, pues cerca de Leicester se ha encontrado una piedra miliaria con su nombre.

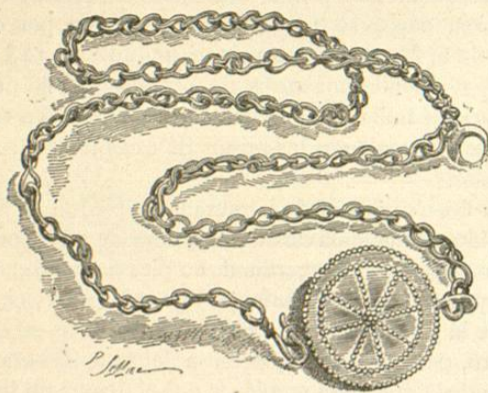
Estos dos fosos contiguos á tres muros, esta muralla defendida por trescientas torres y ochenta reductos, estos diez y siete campamentos puestos en fácil comunicación por un camino empedrado, que con una anchura de setenta pies, tenía como los fosos, los parapetos y el muro, un desarrollo de 100 kilómetros, todo esto formaba una inmensa fortaleza que cubría el istmo entero y como ningún pueblo la haya tenido jamás.

Así, pues, viendo esta obra colosal hecha en la frontera la



menos amenazada, preciso es reconocer que aun había una energía extraordinaria en aquellos romanos del imperio, capaces de imponerse tales trabajos para poner á los últimos de sus súbditos á cubierto de la más ligera inquietud.

Tres legiones (1) con ayuda de cierto número de cohortes auxiliares y sin duda también por muchos indígenas, parecen haber ejecutado rápidamente esta obra, que según los cálculos de un inglés, hubo de exigir cerca de tres millones de jornales (2.865,671); de modo que contando 25,000 trabajadores ó 250 hombres por kilómetro, hubiera podido acabarse en cuatro meses (2). Habíase repartido todo el espacio de un mar á otro entre las cohortes, y cada una de ellas debió abrir los fosos, y levantar el muro y los parapetos en la porción de terreno que se le había señalado (3); de tal modo que hubo tanta emulación entre los trabajadores, como se veía en un día de batalla entre los combatientes. Entre estos trabajadores se encontraban hasta dacios, que con el nombre de *cohorte Elia* que Adriano



Cadena de oro encontrada en el *Vallum*, cerca de Newcastle (Bruce, p. 427).

les había dado, habían venido de su lejana patria á ayudar á los romanos á consolidar una dominación, á que ellos mismos acababan de someterse. Al extremo oriental de la muralla se construyó un fuerte castillo, *Pons Elia* (Newcastle) y una flotilla con una cohorte de soldados de marina se estacionó en él.

Pero ¿pertenece íntegramente esta obra al sucesor de Trajano? Agrícola antes que él y más tarde, Septimio Severo, Teodosio y aun Estilicón ¿no levantaron el muro y el *vallum* del Sur? En primer lugar, estas defensas cuyas partes todas se protegen mutuamente, revelan un solo autor, pues se refieren y obedecen á un solo plan; luego, ninguna inscripción encontrada es anterior á Adriano, mientras muchas otras descubiertas en los reductos que formaban cuerpo con el muro y en los campamentos permanentes, llevan su nombre. En un vaso de bronce descubierto en 1837 se han encontrado tres piezas de oro y sesenta denarios, muchos de ellos con la efigie de Adriano y ninguno posterior. En fin una inscripción desgraciadamente muy alterada, parece un fragmento de carta dirigida por él á tropas establecidas entre los dos mares, felicitán-

(1) Se han encontrado á lo largo del muro muchas inscripciones con los nombres de las legiones II.<sup>a</sup> *Augusta*, VI.<sup>a</sup> *Victrix* y XX.<sup>a</sup> *Valeria Victrix*.

(2) Collingw. Bruce, p. 95. Cuenta sólo 10,000 trabajadores y cree que á 200 jornales por año fueron necesarios cuando menos dos años para terminarlo todo.

(3) Bruce (p. 49) explica así las diferencias que existen en la construcción, teniendo el muro en ciertos puntos 3 pies y medio de espesor y en otros más de diez. Para ir más aprisa algunos centuriones hacían su parte de muro más ligera. Se cree ver también en la cara meridional del muro señales que indican las diversas secciones.

dolos por haber cedido sin murmurar á la necesidad que les impedía llevar hasta los límites del mundo las fronteras del imperio, y por haber conservado las que se había dado la república.

Bien se comprende que no podamos fijar fecha á los restos de antigüedades, cadenas de oro, anillos, piedras grabadas, bolas de piedra y despojos de todas clases encontrados en el *Vallum*. Las legiones llevaban consigo á las comarcas más salvajes la vida romana con sus elegancias y sus necesidades. Una de las más imperiosas era poseer termas en que se encontrara á voluntad el agua á todas las temperaturas: caliente en el *caldarium*, tibia en el *tepidarium*, fría en el *frigidarium*, y aire caliente bajo las bóvedas del *hipocaustum*.

No hubo grandes fortificaciones sino en las provincias de Europa, donde estaban los más peligrosos enemigos, y durante medio siglo, no se atrevieron á arrostrarlas los caledonios, los germanos ni los sármatas «poseídos de un temor respetuoso», según la frase de Dion. El Atlas y el Sahara cubrían las ciudades romanas, de que entonces como ahora tenían necesidad los nómadas para su subsistencia, sin querer establecerse en ellas, y que por consiguiente no amenazaban.

Sin embargo, como los pueblos de estas provincias y los montañeses de la Kabilia tenían hábitos inveterados de rapiña, hubo de establecer el imperio en los caminos que construyó y á la cabeza de los valles donde se desarrolló la colonización, una multitud de puestos militares que admirarán á nuestros oficiales por su número y por la acertada elección de su emplazamiento (4).

En Siria, otro desierto hacía inútiles las fortalezas; y en el Asia Menor, un buen ejército al mando de hábiles jefes, pueblos sedentarios y pacíficos, y en fin, la amistad de los reyes hábilmente mantenida, daban al imperio toda seguridad. Pero el Euxino, rodeado de bárbaras naciones, podía abrirles la entrada de las provincias romanas. Para prevenir los ataques de los piratas, una flota hacía continuamente la policía de aquel mar, y fortalezas escalonadas en las costas meridionales, desde Trebisonda hasta Dioscurias (Sebastopol) en la Cólquide, contenían á las poblaciones ribereñas.

El hombre de confianza de Adriano en esta región era uno de sus más dignos tenientes, Arriano de Nicomedia, que nos dejó importantes obras, entre otras una circunnavegación del Euxino. Adriano le había recomendado este reconocimiento del litoral Pónico, y el general lo efectuó personalmente, por penoso que fuera: el *Periplo* no es otra cosa que su memoria, cuya data, sin embargo, no puede fijarse. En él estudia los accidentes de la costa, los puertos, los ríos navegables y los que no lo son, hasta el sabor de las aguas y la dirección de los vientos. Enumera las ciudades, los pueblos limítrofes, las tribus de bandidos, que

(4) Dureau de la Malle (*Prov. de Constantina*, p. 32) señala, en el camino de Bona á Constantina, vestigios de puestos militares de dos especies: 1.<sup>o</sup> pequeños puestos para veinte hombres escalonados á mil metros de distancia, con parapetos de 3 á 4 pies de altura y de fuertes piedras de sillería; 2.<sup>o</sup> puestos más considerables, á manera de campamentos atrincherados, á distancia de 16 kilómetros unos de otros, para suministrar la guarnición de los puestos intermedios. El capitán de estado mayor Vigneral (*Ruines romaines d'Algérie*, 1.<sup>a</sup> parte, página 80) que encuentra estas observaciones demasiado absolutas, ha hecho constar por otra parte, después de un estudio detenido, que los romanos, para proteger los valles que se extienden al pie de la Kabilia del Djurjura, envolvieron estas montañas con una zona de puestos militares establecidos entre 300 y 400 metros de altitud: en el círculo de Guelma solamente, ha descrito la posición de un número infinito de ruinas de estos establecimientos militares, la mayor parte de la época bizantina, pero cubriendo restos mucho más antiguos.

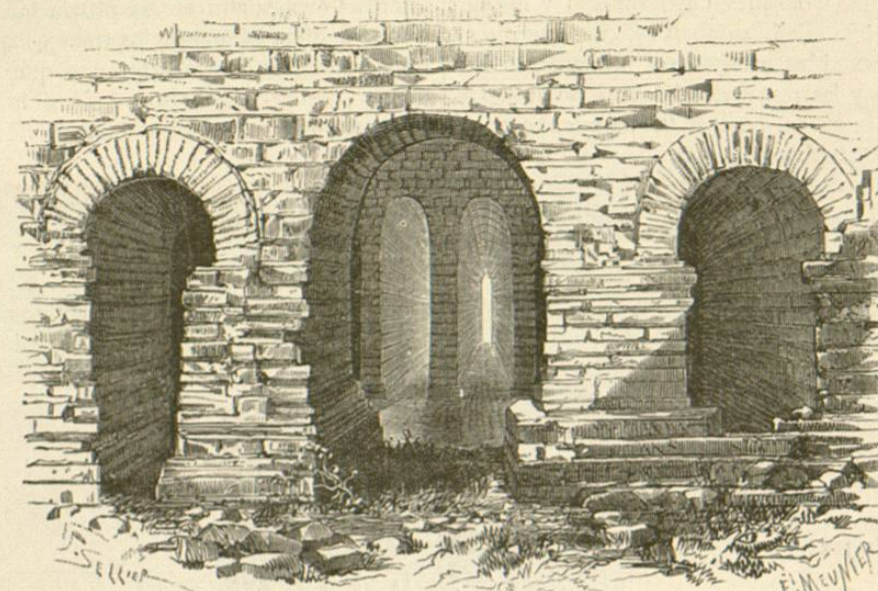
promete exterminar, los reyes que deben su corona á Adriano y cuya fidelidad él confirma.

A la embocadura de un río se le hace ver, sin convenirlo, el áncora del navío *Argos*; ni parece más crédulo del mito de Prometeo, cuando se le indica á lo lejos la cima del Cáucaso donde el Titán fué encadenado.

Pero si el pasado le interesa poco, ocúpalo mucho el presente, y cuando encuentra un fuerte hace maniobrar en su presencia á la guarnición, lo examina todo atentamente, y sobre todo envía una memoria que este griego escribe en latín porque se trata de una comunicación oficial. «En Apsarón, dice, donde están acantonadas cinco cohortes, pasé revista de armas y visité los muros, los fosos, los en-

fermos y los almacenes de víveres.» En la embocadura del Faso había otra plaza guardada por soldados escogidos, y protegida por un doble foso y por un muro guarnecido con todas las máquinas propias para lanzar dardos y piedras; y el general aumentó sus defensas.

Un cuerpo de tropa romana estaba de guarnición en Sebastopol (1), punto extremo del mundo greco-romano, al pie del Cáucaso, y que á pesar de su lejanía, había recibido beneficios de Adriano, puesto que el senado y el pueblo le llamaban su bienhechor. Arriano continuó su inspección militar observándolo todo, sin olvidar á los enfermos. Allí supo que el rey del Bósforo Cimerio acababa de morir, y creyendo que su príncipe podía tener alguna acción que



Ruinas de un hipocausto en un campo del *Vallum* (Bruce, *ibid.*, p. 352).

ejercer por esta parte, se trasladó á Panticapea, capital del Estado, mostró allí su flota y consolidó en aquel reino la alianza romana.

Cuando volvió á su provincia, había dado la vuelta á aquel mar, medido las distancias, señalado las estaciones y hecho ver á todos, amigos y enemigos, que el imperio estaba alerta.

Esto era lo que Adriano había querido saber; y como hemos visto, por el *Vallum* de Bretaña, de qué manera fortificaba sus fronteras, sabemos por el *Periplo* lo que pedía á sus generales en cuanto á vigilancia y actividad. Hecha esta demostración, no tenemos que inquirir por qué permaneció el mundo en paz durante medio siglo.

Uno de los pueblos del Cáucaso que vino á ser más tarde terrible, causó sin embargo un momento de inquietud. Después de haber hecho grandes estragos en la Media y en la Armenia, los fieros alanos amenazaron á Capadocia con una invasión. Pero dos legiones se pusieron en movimiento, con sus auxiliares y con lo que llamaríamos toda su artillería, y con esto, creyeron prudente los alanos volver á sus montañas.

Por esta parte tenía Adriano buenos aliados, en los reyes de los iberos y de los albaneses. El ibero Farasmanes todavía se decidió á pasar á orillas del Tiber á sa-

crificar en el templo de Júpiter. Algunos bactrios que allí aparecieron como suplicantes, renovaron el espectáculo, tan grato á la vanidad romana, de las embajadas orientales.

Gracias á esta previsora política y á estos formidables ejércitos, la vida romana ganaba terreno diariamente entre los bárbaros. Animábase el desierto desde Damasco hasta Petra, y el nómada veía con sorpresa levantarse espléndidos monumentos allí, donde se acostumbraba cazar el chacal y el antílope. En el alto Egipto vigilaban centuriones la explotación de las canteras de pórfido para los templos de Roma y Atenas; en los Cárpatos, los libertos del emperador dirigían los trabajos de las minas, y en Africa, las gargantas del Atlas estaban guarnecidas de puestos militares, á fin de que se pudiera labrar en el Tell con seguridad. Gran parte del valle del Danubio se hacía romana, el del Rin más todavía y detrás de las trincheras de las tierras decumatas los señores del Walhalla germánico procuraban hallar puesto en el Panteón de Roma.

En monumentos de esta región, se ha leído el nombre de un compañero de Odín, el *Hércules Saxano* (Sachsnot) al lado de los de *Tarano*, el dios céltico, y de *Mitra*, la divinidad oriental; testimonio de aquella mezcla de ideas que se operó hasta la circunferencia del mundo romano bajo la

que era originario de Sebastopol. Esta ciudad, fiel aliada del imperio, fué una de las ciudades que enviaron al *Panhellenion* una estatua de Adriano, *τὸν ἑαυτῶν εὐεργέτην* (*Ibid.* 342). Los reyes del Bósforo Cimerio ponían siempre en sus monedas la imagen del emperador reinante.

(1) C. I. L. tom. III, núm. 782. Henzen juzga que el ejército de la Mesia suministraba esta guarnición; pero yo entiendo que era un destacamento de las tropas del Asia Menor, porque el gobernador de Capadocia la inspeccionaba y le suministraba la paga. Existe un diploma militar librado por Adriano á un soldado de la Dacia Inferior.



irradiación de la cultura latina, mientras el gran cuerpo del imperio conservó su virilidad.

¿Podía llegar más lejos esta fuerza? ¿Habría podido el genio clásico, armado de todas las elegancias de la Grecia, de toda la razón de Roma, llevar sus instituciones municipales, su derecho privado, sus estoicas ideas de dignidad humana en medio de aquella vaga y flotante barbarie en que la familia y la propiedad estaban tan débilmente constituidas, y eran las ciudades cabañas dispersas en vastos espacios, y los templos grandes bosques cuyo silencio y fosquedad causaban religiosos terrores?

No podría dudarse, si los usurpadores militares, al desorganizar el ejército y las rentas de Adriano, no hubieran antes gastado, para la guerra civil, la fuerza y los recursos preparados contra los bárbaros; si sustituyendo en todas partes la administración imperial á la acción de los ciudadanos y penetrando hasta los últimos pliegues del gran cuerpo de la sociedad romana, no hubiera acabado por helar en ellas las fuentes de la vida. No es una inexorable fatalidad lo que gobierna el mundo y precipita los imperios: el reinado de Adriano prueba que la prudencia, y una prudencia ordinaria, habría podido conservar todo.

## II.—VIAJES

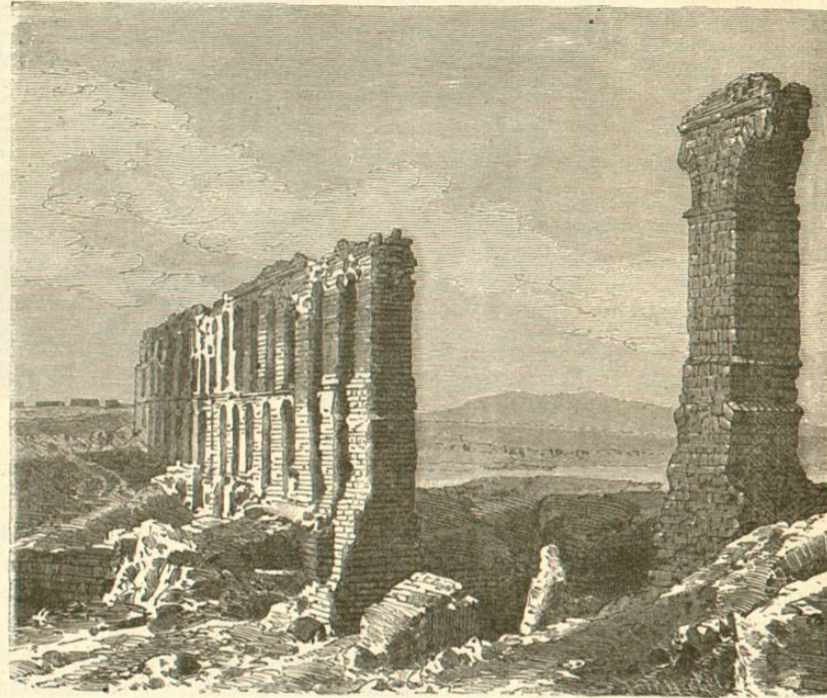
Sigamos ahora á Adriano en sus viajes á las provincias. En 118 ó 119 fué llamado de las orillas del Danubio á su capital por la conspiración de los consulares; y después de algunos meses pasados en Roma y en Italia, comenzó por la Galia y las orillas del Rin la visita de las provincias occidentales (121). Se ignora lo que hizo en Galia. Sin duda reunió en Lyon, como ciertamente hizo en España, los diputados de las tres provincias, porque un fragmento de inscripción indica un voto de gratitud emitido por la asamblea de las tres Galias.

De su paso por este país nos quedan otras pruebas oficiales del reconocimiento de los pueblos: son testimonios sospechosos; sin embargo, bien puede aceptarse algo, porque entraba en el plan de la política de Adriano reprimir los abusos y atraer á los provinciales al imperio con la prudencia de su gobierno. Tenemos monedas acuñadas por él con la leyenda: *Al restaurador de las Galias*, y la imagen de una mujer caída que el emperador levanta. Sabemos que socorrió en la Galia, como lo había hecho sin duda en otras partes, á todos los soldados inválidos é indigentes. Construyó caminos y elevó en Nimes en honor de Plotina una basílica, obra admirable, de que ni las ruinas quedan. Acaso comenzó las Arenas y el *Puente del Gard*, que como la basílica, fueron acabados por Antonino.

(1) *RESTITUTORI HISPANIE S. C.* Adriano en pie levantando á España arrodillada con una rama de olivo en la mano; en medio un conejo «emblemata de las numerosas minas que explotaba España» Greppo, *Viajes de Adriano*, p. 93, núm. 2 (Cohen, núm. 1,074).



Adriano y España. Gran bronce (1)



Gran acueducto que conducía las aguas á Cartago

Cuando entró en Colonia, pudo recordar que veintitrés años antes, había sido el primero que llevó á Trajano, en esta ciudad, la nueva de su adopción; conocía también estos cuarteles, pero ignoramos lo que en ellos hizo. Su biógrafo habla solamente de un rey dado á un pueblo germánico, de reformas hechas en los campamentos y de trabajos realizados en la frontera. No pedimos más para afirmar que Adriano continuó por su parte la obra de Trajano; que practicó en el Rin, como en el Danubio, el régimen de los subsidios y que contuvo el ardor guerrero de los bárbaros haciéndoles ver que si el imperio no quería adelantar sus fronteras, sabía muy bien guardar las que se había dado.

Estas preocupaciones militares no le hacían olvidar los intereses civiles; aun en las provincias fronterizas, quería que se le diera cuenta de los trabajos que debían ejecutar las ciudades, de los recursos con que debían subvenir á ellos, y cuando era preciso, añadía él lo necesario. Las medallas acuñadas en conmemoración de su visita á las pro-

vincias lo representan á menudo con un libro, símbolo de la vigilancia administrativa.

Si el *Forum Hadriani* marcado en el mapa de Peutinger, cerca de *Lugdunum Batavorum*, es una fundación de Adriano, podría concluirse que después de la inspección de las dos Germanias, entraría por el país de los bátavos para alcanzar el mar y la Bretaña (122), adonde lo llamaban recientes incursiones de los caledonios. Cuando Agrícola llevó más allá de los montes Cheviotes hasta los golfos de las Clides y del Forth, su línea de defensa, se había adelantado á la civilización latina, que no se atrevió á pasar hasta allá y se quedó á los alrededores de *Eboracum* (York). Audaces plantadores habían ido más lejos, pero sus diseminadas quintas estaban expuestas á las rápidas correrías de los montañeses que pasando entre los puestos pillaban y mataban, y habían desaparecido cuando las cohortes llegaban en auxilio. Estas sin embargo los alcanzaron un día, pero perdieron mucha gente en el encuentro, lo que empeñó á Adriano más y más en no dejar nada al azar á tal distancia de Italia.

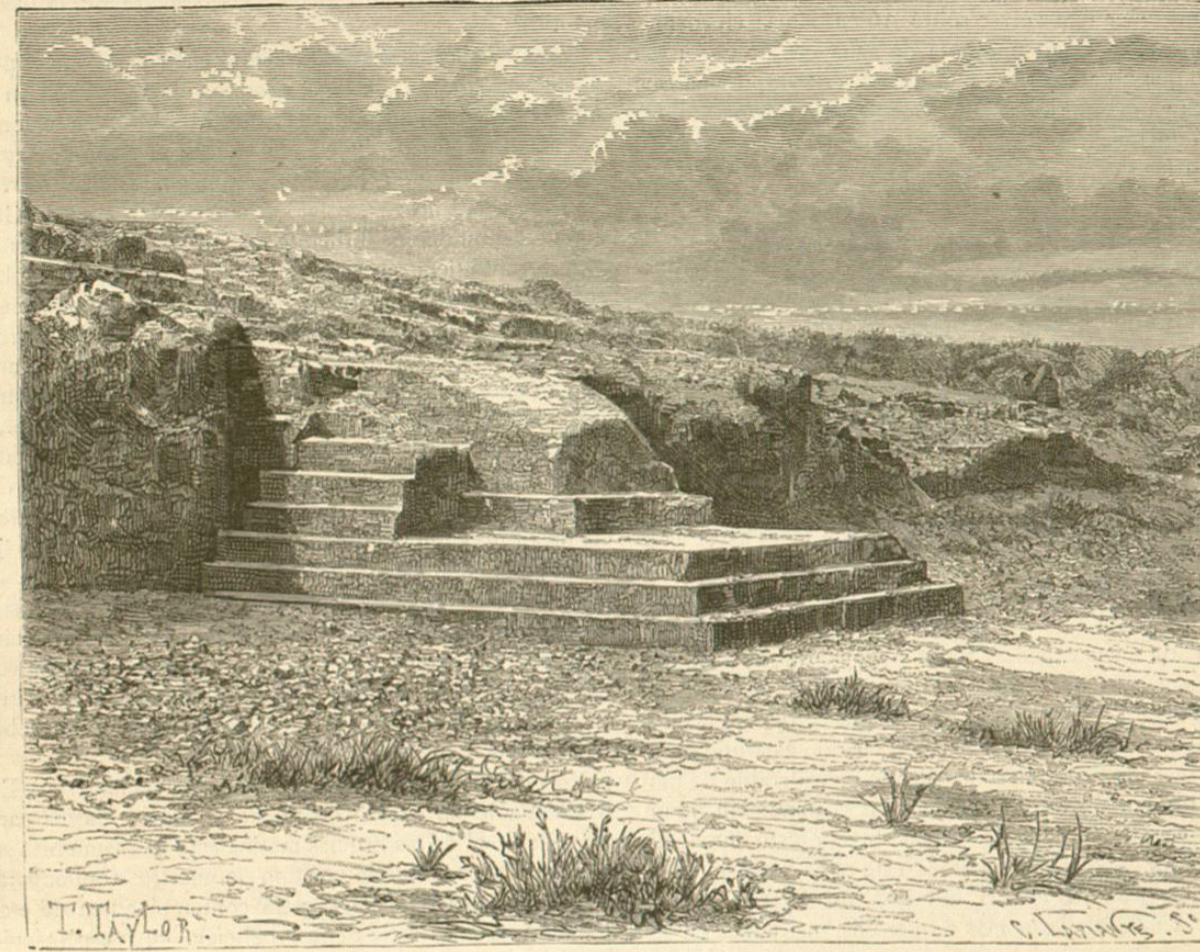
Después de haber impuesto á los caledonios un justo

temor con algunos combates afortunados, se resolvió á hacer en Bretaña el movimiento de concentración que había ejecutado en el Eufrates. Hemos dicho cómo operó; pero estableciendo en el Tine su principal defensa, abandonaba realmente todo el país que se extiende desde este río al Forth, es decir de Newcastle á Edimburgo, y podría extrañarse que no ocupara más que dos tercios de la isla, en vez de acabar la conquista por un esfuerzo que no estaba ciertamente por encima de su poder. El inglés Gibbon nos da la razón de ello. «Los dueños de un imperio que comprendía los más bellos climas de la tierra y las provincias más

fértiles, miraban con desdén montañas de continuo azotadas por la tempestad, lagos ocultos bajo densas nieblas y valles salvajes en que el desnudo y fiero bárbaro cazaba el ciervo y el gamo.»

Todavía es más desdenoso un griego con aquella vieja Inglaterra que en nuestros días llegó á tener algún tiempo el cetro del mundo: «Los romanos no se cuidaron de someter el resto de la Bretaña, siéndoles ya inútil, ó poco menos, la porción que ocupaban.»

Por otra parte si se recuerda la tenaz resistencia opuesta hasta en los tiempos modernos por los *highlanders* á los re-



La tribuna de Atenas

yes de Escocia y por éstos á los ingleses, acaso se juzgue que Adriano tuvo doblemente razón en no arrojarle á esta aventura.

«Después de haber corregido en la Bretaña muchos abusos,» volvió á la Galia y la atravesó por segunda vez hasta los Pirineos, para caer en España, donde pasó todo un invierno (122). Allí debió mostrar su actividad ordinaria; pero de todo este trabajo no subsisten más testimonios que fragmentos de inscripciones que hacen constar que mejoró los caminos públicos y estas palabras grabadas en algunas monedas: «Al restaurador de España.»

Tendríamos curiosidad de saber lo que pasó en la asamblea de representantes de todas las ciudades ibéricas á los cuales citó á Tarragona para la dedicación del templo reconstruido á sus expensas. Eparciano habla sólo de las vivas reconveniones dirigidas por el emperador á los ciudadanos de Itálica, sus compatriotas, que con culpables manejos procuraban sustraerse al empadronamiento. Hemos visto que la ruina del espíritu militar en las provincias era inevitable consecuencia de la organización dada por Augusto á su ejército permanente. Sabíamos por Tácito

que los galos habían perdido desde muy larga fecha la afición á las armas, y veis aquí que los españoles nos suministran la prueba del mismo cambio.

Eparciano refiere el peligro que Adriano corrió en Tarragona y del que salió «no sin gloria.» Paseábase solo un día en un bosque inmediato á la ciudad, cuando un esclavo de su mismo huésped se lanzó contra él como un furioso, espada en mano. Muy vigoroso y ágil el príncipe, esquivó el golpe y sujetó al desgraciado que los guardias querían hacer pedazos, acudiendo á salvar al emperador en tal peligro. Era un loco, y el príncipe recomendó á los médicos que lo curaran, sin quejarse al amo de que tenía tan peligrosos sirvientes.

Esta narración que muestra con cierta complacencia la moderación de Adriano, está sin duda tomada de sus *Memorias*. Las cosas pudieron pues pasar de otra manera: á lo menos sepamos por esto que gustaba de que se le reconociera esta posesión de sí mismo, que es la fuerza del hombre prudente, y el espíritu de justicia que le impedía tomar á un loco por un culpable.

Es singular que durante su permanencia en España no